

#### ARTÍCULO IV

##### LOS JÓVENES DEBEN TENER VOCACIÓN

Los que aspiran al estado clerical deben ser llamados de Dios; y así decía San Pablo: *Nadie presume subir á tanta honra, sino aquel que fuere llamado de Dios como Aarón* (1). Los Apóstoles, los primeros diáconos, y los Padres y Doctores de la Iglesia, no se entrometieron por sí mismos al estado eclesiástico, sino con una especial vocación de Dios; y aun el mismo Cristo, como asegura el Apóstol: *No se arrogó la gloria de hacerse Pontífice* (2).

La vocación divina, pues, es la puerta única; el que no entra por ella es un usurpador, es un ladrón.... El ladrón no viene sino para robar, matar y perder, dice Jesucristo (3). El que sin vocación se entromete en el estado eclesiástico, hace á Dios una gravísima injuria, usurpándole un derecho tan privadamente suyo, derecho que ningún amo cede jamás á otro, cual es el escogerse sus servidores y ministros: y Dios ha castigado varias veces con ejemplares castigos á los usurpadores del sacerdocio, como lo vemos en Ozías, rey de Judá, que quedó repentinamente cubierto de lepra (4) y en Coré, Datán y Abirón, á quienes se tragó vivos la tierra, y se hundieron en el infierno por haber querido usurpar el sacerdocio sin ser llamados de Dios (5).

Siendo, pues, tan necesaria la divina vocación para ser buen eclesiástico, nos ha parecido muy del caso poner aquí algunas de las señales con que conocer si el joven tiene ó no vocación, según la ordinaria providencia de Dios. De este modo el joven sabrá lo que debe hacer, los padres lo que deben aconsejar, los confesores cómo le habrán de dirigir, y el Prelado y los que están en su lugar al

(1) Hebr. v., 4.—(2) Ibid. 5.—(3) Joan. X, 1, 10.—(4) II Par. XXVI, 19.—(5) Num. XVI, 31 32.

frente del Seminario, cómo se han de llevar. Vean ante todo si aquel joven que dice tener ganas de seguir la carrera eclesiástica tiene alguno de aquellos defectos de alma y cuerpo que hacen ineptos para ejercer los sagrados misterios, principalmente si son tales que no pueden quitarse. Los defectos del cuerpo fácilmente se ven. Los defectos del alma, unos son como naturales, y se llaman vicios de naturaleza, como un ánimo feroz, una índole cruel y salvaje, ó bien dejado, flojo y variable, ó un ingenio embotado, necio y del todo incapaz de adquirir las ciencias necesarias. Otros defectos hay que son morales y voluntarios, como el ser iracundo, soberbio, lujurioso... El joven, pues, que tiene alguno de los defectos naturales no es llamado por Dios á este estado, porque Dios siempre da los medios á cada persona según el fin á que lo llama. Por lo tanto, si Dios hubiese querido á aquel joven para su ministro, le habría dado una naturaleza á propósito. No se la ha dado, señal que no le quiere para aquel estado. Que se vaya á otro, según que Dios le dé á conocer.

Los que tienen defectos morales es dudosa su vocación, pues que si bien es verdad que mientras tengan aquellos defectos no deben ser admitidos en el Seminario ni á los santos órdenes, pero se pueden enmendar, y si enmendados dan pruebas de perseverancia, pueden ser admitidos; pero se debe andar con mucho cuidado, y no ser fácil en admitir á tales jóvenes.

Muchísimo conviene que los jóvenes, y los que tienen la obligación de dirigirles, tengan conocimiento de la naturaleza é inclinación de cada uno, para hacerles advertir y fijar en el estado á que Dios les llama, pues que sabida cosa es que Dios ordena todas las cosas con suavidad (1): esto es, de una manera proporcionada á la naturaleza que ha dado á cada uno; pues si bien se observa, ya se conoce en la infancia y niñez á qué es inclinado cada uno, y tal vez en esta edad se conoce mejor que en otras edades, en

(1) *Disponit omnia suaviter.* (Sap. VIII, 1).

que fácilmente las pasiones, las circunstancias y los ejemplos buenos ó malos, arrastran la naturaleza á su partido, y la tienen algún tanto violenta, lo que no es así en la niñez. Entonces se pronuncia tal cual es, y en esta edad se ha de clasificar.

Cuando un niño gusta de jugar á los soldados con palos ó con cañas, de tirar piedras, de reñir y de pegarse con sus hermanos y compañeritos, á este se le debe procurar la carrera militar. Cuando á otro se le ve siempre ocupado en juguetes, unos tras otros, por manera que el juego es un idolillo, á este se le debe dirigir por alguna carrera de arte ú oficio de la sociedad. Pero cuando á un niño se le nota cierto amor al retiro; cuando se observa que si alguna que otra vez se ocupa en algún juego inocente luego se fastidia; que se aparta de los niños díscolos y traviesos, que huye de los que dicen malas palabras y hacen cosas torpes, que no puede sufrir á los que cogen lo ajeno, que tiene pena cuando ve que castigan á otros niños ó animalitos, que nunca dice mentiras ni hecha á otro la culpa, ni descubre faltas ajenas; que es aplicado al estudio y obediente á todo lo que se le manda; que es obediente á sus padres, maestros y superiores, á imitación del niño Jesús, que estaba sujeto a María santísima y á San José; que además gusta mucho de estar en la iglesia con modestia y devoción, que pide que le dejen servir las misas; y fuera de la iglesia todos sus juguetes son componer altaritos, referir ejemplos buenos á sus compañeritos, ya enseñándoles la doctrina, ya hablándoles como si predicara, á éste se le ha de dirigir para la carrera eclesiástica, pues de los niños que tienen estas señales más ó menos pronunciadas se forman aquellos sacerdotes sabios, virtuosos, celosos, de los cuales cada uno vale por mil, como san Vicente Ferrer, san Vicente de Paúl, san Felipe, y tantos otros, como se lee en sus vidas y en la historia.

Mas aquel joven que no tiene ninguna de estas señales, ni se propone por fin la mayor gloria de Dios, ni amarle y

servirle más de cerca, ni salvar su propia alma ni la de sus prójimos; sino que sigue esta carrera porque es el gusto de sus padres, porque tiene alguna capellanía, porque espera una prebenda, para que tenga un modo con que vivir, porque casi sin saber cómo ha ido cursando y se halla que ya tiene cursada toda la carrera, y ya tiene demasiada edad para tomar otro rumbo, ¡ay de él, si así se ordena de sacerdote! Mejor le sería no haber nacido como Jesús dijo de Judas, pues que nunca jamás será buen sacerdote; buscará en el ministerio, no las cosas de la mayor gloria de Dios y bien de las almas, sino las suyas propias.

Quizá alguno dirá que si los que quieren ser seminaristas y ordenarse se han de llevar por estas máximas, bien pocos sacerdotes habrá. A lo que responderemos con san Clemente: *Melius est paucos habere ministros qui possint digne opus Dei exercere, quam multos inutiles.* Lo mismo dice Inocencio III. Y en el sagrado libro del Eclesiástico se lee en el cap. XVI: *No te alegres de que tus hijos se multipliquen, si son malos; ni te complazcas en ellos, si no tienen temor de Dios;* porque mejor es tener un solo hijo temeroso de Dios, que mil hijos malos (1). Además los Apóstoles eran bien pocos, y sin embargo hicieron muchísimo trabajo porque eran llamados de Dios, como se lee en el santo Evangelio que les dijo Jesucristo: No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo soy el que os he elegido á vosotros, y destinado para que vayáis por todo el mundo, y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero: á fin de que cualquiera cosa que pidieréis al Padre en mi nombre, os la conceda (2).

¡Ay de los que entran en la carrera eclesiástica sin ser llamados de Dios! que se perderán ellos y harán perder las almas, como sucedió á José, hijo de Zacarías, y á Azarías,

(1) *Melior est enim unus timens Deum, quam mille filii impii. (Ecll. XVI, 3)*

(2) *Non vos me elegistis: sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat; ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, det vobis. (Joan. c. XV, 16.)*

que movidos de sus deseos sin ser llamados de Dios, salieron á pelear y fueron batidos, dejando muertos en el campo dos mil hombres del pueblo de Israel, por no haber obedecido á Judas Macabeo y á sus hermanos, imaginándose que harían maravillas (1). Mas ellos no eran de la estirpe de aquellos varones por medio de los cuales había sido salvado Israel.

#### ARTÍCULO V

LA ELECCIÓN DE ESTADO ES DE SUMA IMPORTANCIA PARA TODOS, ESPECIALMENTE PARA LOS JÓVENES

Los hombres, mientras viven en esta vida mortal, son llamados *viadores* por los teólogos, porque, al cruzar el desierto de este mundo hacen constantemente, desde su entrada en el umbral de la vida hasta que el alma se separa del cuerpo, su *vía* á la eternidad. Y es cierto que no se puede ofrecer á un caminante, resuelto á llegar á su término, cosa de mayor importancia que tomar desde el principio el buen camino; porque por poco que se tuerza al comenzar, se yerra mucho, cuando, siguiendo la misma dirección, se llega al fin de la jornada.

Por esto quien considerare con atención la pérdida de muchas almas, verá que la ocasión verdadera de su miserable ruina no es otra que el haber errado la senda derecha desde los primeros pasos. Y quien quisiere averiguar la razón por la cual tantas personas corresponden mal á las obligaciones de su estado, y viven una vida trabajosa, abrumadas con el peso de la desgracia, sin paz en el corazón, ni concordia en la familia, próximas á ser arrebatadas por el torbellino de la desesperación, no hallará otra causa que el haberse desviado del sendero que la Providencia divina en la profundidad de sus consejos les había trazado desde el principio para conducir las almas al cielo.

(1) I Mach. v.

Este es el más grande y más común escollo donde naufraga la mayor parte de los hombres inconsiderados, y principalmente de los jóvenes. Por esto hay tantos infelices en el mundo, aun entre aquellos que exteriormente no lo parecen. Tómase un estado de vida ó por acaso, ó por capricho: por razones que la carne y sangre sugieren, ó porque se piensa que hallarán en él la honra y la abundancia y la seguridad de los bienes temporales, sin aconsejarse con Dios, sin atender á la eternidad, sin pensar que aquel estado ha de ser el medio ó el obstáculo para salvarse. Y acontece de ordinario que aquella felicidad fantaseada huye como sombra, que aquellos bienes se desvanecen como humo, y sólo queda la triste, la espantosa realidad con su cortejo de miserias y desengaños: y el alma débil, arrastrada por las pasiones fuera de la órbita, donde según los designios de Dios debía moverse, privada de los auxilios que allí le tenía preparados, ha de luchar con enemigos poderosos, expuesta voluntariamente á perderse para siempre.

¡Qué lamentables tragedias no se han originado de faltas cometidas en asunto tan importante! Gruesos volúmenes se podrían formar de aciagos sucesos, así antiguos como recientes, nacidos de haber menospreciado las inspiraciones de Dios y desestimado su santísima voluntad. Y no pequeña parte de culpa cabe á veces á los padres y parientes, que traspassando los límites de su potestad impelen á sus hijos á un estado ó los retraen de otro por sus particulares conveniencias. Entre los muchos casos, que se vienen sin gran trabajo á la memoria, bastará contar uno que otro tomado de autores competentes y autorizados.

Espantoso es el que se lee en cierta obra manuscrita de uno de nuestros principales escritores del siglo de oro, varón eminente, de grande autoridad, mucha erudición y segura crítica. Así que del hecho no es posible dudar. Y su desenlace es tal, que debería poner miedo á los que

obligan á tomar, ó toman, cualquier estado contra la inclinación natural y voluntad divina.

Refiere, pues, el P. Pedro de Rivadeneira que á un joven por nombre Juan Gómez Pontano obligaron sus padres á abrazar el estado del matrimonio. Resistíase á ello el mancebo porque no le acomodaba, pensando que en otro linaje de vida labraría mejor su felicidad. Mas tanto insistieron, que al fin doblegaron su ánimo. Resuelto ya á casarse, quiso hacerlo á su gusto, y puso los ojos en una doncella de su calidad, bien parecida y honesta. No agradó la elección á los padres de Juan, que le tenían preparado otro partido, y así se enojaron tanto contra su hijo, que desde entonces le comenzaron á aborrecer y decirle malas palabras. El hijo casado contra la voluntad de sus padres, que le habían estorbado sus primeros intentos, iba triste y afligido, amargado con los continuos disgustos. Por abreviar: «el 16 de Mayo de 1578, salió el padre á cobrar cierta cantidad, y envió á su hijo á que atendiese á la labranza. Llevaba consigo el hijo una podadera; y representándole el demonio lo que había pasado en el casamiento, alterado y lleno de enojo, deja su camino y váse detrás de su padre para vengarse de él. Topóse el padre con el hijo y el hijo con su padre; dióle al principio sus quejas el hijo con mucha blandura y suavidad; después le dijo que le quería acompañar, para que llevando consigo la moneda y dinero que traía, no viniese solo. Despidióle el padre diciéndole que no había por qué tomase aquel trabajo y le acompañase; y como el hijo porfiase y de todas maneras le quisiese acompañar, enojóse el padre, y con el palo que llevaba en las manos le dió á su hijo, y queriendo hacer mayor fuerza, cayó el pobre viejo en el suelo y dióse un golpe en la cabeza. Acudió el hijo á socorrer al padre, y viendo que de la herida corría sangre, revistiéndosele Satanás, y pareciéndole que ya había perdido la gracia y amor que antes le tenía y que jamás la podría recobrar, trocado el corazón y llevado del

furor, mató á su padre. Y no acabó con esto la tragedia, porque descubierta la maldad, el pobre mozo fué preso, ahorcado y hecho cuartos, quedando todos los circunstancias atónitos, llorando la calamidad, desdicha y desventura del padre y del hijo.»

Á tal extremo condujo el no haber tenido presente á Dios, ni haber seguido el celeste beneplácito en la elección de estado. Es cierto que, por la misericordia de Dios, no siempre tendrán castigo tan funesto los que desoigan la divina inspiración; pero debe bastar este ejemplo para conocer el abismo de males á que puede conducir la falta de fidelidad al Señor, y el dejarse llevar del propio capricho y desvariado antojo en asunto tan importante.

También se requiere llamamiento del cielo, aun cuando el estado á que se aspira sea de suyo muy bueno, excelente y santo. El caso que sigue lo demuestra con toda evidencia.

Cuando San Benito brillaba más por sus milagros y eminente santidad, dirigióse á él un joven que quería ser eclesiástico, rogándole le librase del demonio que le atormentaba. El Santo empleando en favor de este joven el crédito de que gozaba delante de Dios, logró felizmente librarle del espíritu maligno; mas le encargó de parte de Dios que no recibiese jamás las sagradas órdenes; de lo contrario Dios daría nuevo poder al demonio sobre su cuerpo, en castigo de su temeridad. Espantado el joven con esta amenaza, resolvió primeramente conformarse con el aviso del Santo; mas luego lo fué olvidando, y fuese por sugestión de sus padres ó por cebo del interés, obtuvo de su Obispo las órdenes sagradas. Mas apenas las hubo recibido, cayó el infeliz á los pies del Obispo, haciendo mil contorsiones espantosas, confesando delante de todos su loca presunción y el castigo del cielo. Y advierten los autores de donde tomamos este ejemplo, que aunque no siempre castigue Dios de un modo tan sensible á los que entran en el sacerdocio sin vocación, no por eso deja de

indignarse contra los temerarios y de castigarlos invisiblemente. (*P. Mach.*)

Cierre este capítulo otro ejemplo de fecha más reciente, el cual, si no presenta aspecto tan horroroso como los anteriores, tiene en cambio, con harta frecuencia, muchas copias parecidas en la moderna sociedad y en el seno de las familias acomodadas.

Una joven, educada cristianamente según los principios de nuestra santa religión, tuvo la debilidad de enamorarse de un joven de bellas apariencias y de finos modales, pero de fondo irreligioso y alma emponzoñada con el veneno de la impiedad... Pasados los primeros meses de matrimonio, en los cuales se desvanecen tantas dichas soñadas y se descubren tantos calvarios y cruces, la joven esposa cayó enferma de una dolencia mortal. Rogó á su marido que llamase á un sacerdote para recibir de él los auxilios espirituales de la Religión, los únicos que en aquel supremo momento que separa el tiempo de la eternidad, nos pueden plenamente consolar y fortalecer. Pero aquel hombre cruel, á quien ella había dado pocos días antes su mano y su corazón, frío y sin inmutarse le respondió: *No quiero que se diga que semejante casta de gente ha entrado una sola vez en mi casa.* Estas palabras helaron el corazón de la desventurada enferma: entonces comprendió su insensatez al unir su suerte con la de un hombre sin religión. No desmayó, sin embargo.—Lo que te pido, insistió la esposa, nada tiene que pueda ofenderte: se trata de lo que en estos momentos forma todo mi consuelo; no me lo niegues.

—Te repito,—contestó secamente el marido, que esa casta no ha entrado ni entrará jamás en mi casa; desengáñate, aquí no hacen falta los curas.

Entonces la enferma, cuyo mal se iba por instantes agravando, viendo que con palabras no podía mover á aquel corazón de bronce, reunió las pocas fuerzas que le quedaban, bajó de la cama, arrodillóse á los pies de su esposo,

y, regándose los con sus lágrimas, le dijo con acento ya moribundo:—¿Qué mal te he hecho, mi querido esposo, qué mal te he hecho para merecer de tí tanta dureza? No me niegues esta sola gracia que te pido; quizás sea la última; llama á un sacerdote; déjame morir en los brazos de mi fe y con los auxilios que me ofrece la Religión. No seas ahora mi verdugo, cuando debieras ser mi consolador».

Aquel hombre impío no se conmovió. Escuchó impasible é su esposa, y por toda contestación, tarareando no sé qué coplas, volvióle las espaldas y salió del aposento.

La pobre moribunda se dirigió como pudo á una imagen de Jesús crucificado que allí había, la besó con amor y la regó con sus lágrimas; y, «¡Oh, Señor!,—dijo,—en Vos encontraré el cariño y la dicha que no he hallado en mi esposo. Recibid mi alma, Dios mío, perdonad mis faltas, y... perdonad también á mi esposo, que así me acaba de tratar».

Y al punto cayó sobre el lecho y dió el último suspiro.

Este caso lo refirió públicamente no hace muchos años el señor Obispo de Río-Janeiro, predicando delante del emperador del Brasil, y lo divulgaron las publicaciones católicas (1).

Pero ¿qué necesidad hay de presentar uno que otro caso, cuando diariamente, por desgracia, ocurren sucesos más trágicos que desgarran el alma? (2).

## ARTÍCULO VI

¿QUÉ DEBEMOS HACER DE NUESTRA PARTE PARA  
CONOCER Á QUÉ ESTADO NOS LLAMA DIOS?

Es prudente consejo en esta materia el de aquellos que, para acertar en el importante negocio de la elección de

(1) *Almanaque de los amigos de Pío IX*, 1877.

(2) ¿Qué fué Renán sino un Seminarista renegado? y ¿Combes? ¡La guillotina de la Revolución francesa la movió uno, que erró en la vocación!

estado, amonestan y persuaden á que por unos días, dejando el tráfago y baraúnda del mundo, se retire quien delibera á un sitio algo apartado y devoto, y allí con tranquilidad de espíritu y ánimo reposado, renunciando á todo otro negocio y pensamiento, considere qué es lo que Dios le inspira, á qué le mueve, qué impulsos y aldabadas le da. Y cierto que no es mucho pedir el que se empleen cinco ó seis días en considerar un negocio, cuyas consecuencias han de durar por toda la vida.

Mas porque tal vez no todos tengan oportunidad para retirarse por unos días á hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio, ni puedan ausentarse del establecimiento ú oficinas donde asidua y habitualmente residen, propondremos aquí lo que estos tales deberán hacer para acertar en negocio de tanta monta.

Suponiendo, pues, lector querido, que eres tú uno de esos, á quienes no es posible ó hacedero dejar por unos días el mostrador ú oficina para atender únicamente á tu alma, te aconsejo que á ratos perdidos, cuando te den lugar tus ocupaciones ó te retires á descansar, consideres hoy uno, mañana otro, los puntos siguientes:

1.º Pon delante de los ojos de tu alma la eternidad que te espera; como aquel rey de quien habla la Escritura que revolvía en su mente los años eternos que caen de la otra parte del sepulcro. Acuérdate que no hemos de estar en este mundo para siempre, sino que un día lo hemos de dejar todo. La vida presente se pasa sin sentir, no es más que un instante en comparación de la eternidad: á ésta conviene aspirar, lo demás es humo, aire, sombra, nada. Representate el punto de la muerte: allí te despedirás para siempre de todo el mundo y de sus cosas; comparecerás delante de Dios para darle cuenta de todos los momentos de tu vida: piensa, y piensa bien, lo que entonces querrás haber hecho. ¿Qué género de vida querrías en aquel instante haber abrazado? Resuélvete á hacer ahora lo que entonces quisieras haber hecho.

2.º Ponte, cuanto sea posible, en una total indiferencia para cualquier estado, empleo ú ocupación, disponiéndote á seguir en efecto el gusto de Dios sin atender á otra cosa. Rompe para ello si es preciso, con tu gusto, con las personas á quienes sientas apego; renuncia á tus inclinaciones naturales; desprecia los motivos de honra, interés y humanos respetos; se trata de tu alma, de la elección de tu vida, y de ella depende en gran parte tu eternidad feliz ó desdichada, el que estés para siempre entre los ángeles del cielo, sobre un trono de luz y diamantes ó entre los demonios del infierno, sepultado en profundísimos lagos de fuego y azufre.

3.º Purifica tu alma de toda mancha de culpa; sal de la servidumbre y cautiverio del pecado, si por desgracia estuvieses aprisionado con sus cadenas; confiésate bien á la mayor brevedad. Acuérdate que está escrito que la sabiduría no entrará en el alma en pecado, ni habitará en corazón sujeto á la culpa. Cuanto más puro sea tu pecho, tanto estará mejor preparado para que en él, como en espejo limpísimo se represente el rostro de Jesús y reverberen en él los rayos luminosos del divino sol de justicia.

Recibe, si puedes (¿y cómo no podrás si realmente quieres?), recibe oportunamente á Jesucristo en la sagrada Eucaristía; hospédalo para siempre en tu corazón, entronízale en él, para que se digne mandar y reinar como señor absoluto y único, rigiendo todos tus afectos é imprimiendo en él los movimientos que le sean más agradables. Póstrate en su presencia con humildad; adora sus perfecciones; escucha su voz, si se digna hablarte y darte á conocer su divina voluntad, y abandónate con todo rendimiento á los dulces y poderosos atractivos de su gracia, protestándole que seguirás su voz con toda fidelidad.

4.º Considera con ánimo desapasionado y libre de toda turbación y desasosiego la vanidad de las cosas humanas y de los pensamientos de los hombres, que ponen todo su afán, empeño y solicitud en acomodarse bien en el mun-

do, como si nunca lo hubiesen de dejar. Millares de millones de personas han obrado de esta suerte, juntado riquezas, adquirido honores, gozado delicias... sin pensar con detención en la eternidad; mas ¿dónde han ido por fin á parar? ¿dónde están ahora? Ni apenas se sabe si han vivido en el mundo. ¿Qué se llevaron de todas sus fatigas y sudores? ¿Qué alcanzaron con sus afanes? ¿Qué les queda de su dicha, de su gloria, de sus riquezas? Quizás el remordimiento de los pecados, de los cuales habrán tenido que dar cuenta á Dios en el juicio, y por los cuales tal vez arderán para siempre en los infiernos. ¡Oh desengaño terrible! ¡Oh miserable ceguedad!

Advierte lo mucho que va entre los esclavos del mundo y los siervos de Dios. Aquellos sirven á un amo cruel y enemigo de la razón, el cual intima leyes duras é inhumanas; estos sirven á un Señor de bondad y amabilidad infinitas, cuyos preceptos no tienen otro blanco ni otro fin que hacerlos bienaventurados, si le aman de corazón. Aquellos llevan un infierno en su pecho, tienen la conciencia tiranizada y despedazada con mil remordimientos; estos gozan de una paz interior que es un paraíso, y como dice el espíritu de Dios en la Escritura, viven en un continuo banquete, donde gozan soberanas delicias y contentos. Los unos no pueden esperar otro salario de sus trabajos que horrorosos suplicios de una eternidad infeliz; los otros descubren ya unos resplandores que no se eclipsan, unas bellezas que no se desvanecen, unas coronas que no se marchitan, y todas las recompensas, que por su piedad les prepara en su reino un Dios de infinita misericordia. ¡Oh momento de la vida presente! Instante que desaparece en un abrir y cerrar de ojos... ¡cuánto importa emplearlo bien! Sirvamos á Dios, alma mía, y sirvámosle en cualquier estado en que su providencia nos quiera. Seamos sólo de Dios, y de nadie más; pues todo lo que no es Dios es vanidad.

5.º Antes de tomar ninguna determinación decisiva hu-

míllate profundamente en la presencia de Dios, y pídele con todo rendimiento te dé á conocer su voluntad. La fe pide que sujetes la razón á su perfecta obediencia; pero aquí es menester también rendir y cautivar la voluntad, poniéndola en las manos de la Providencia divina, sacrificándote para que se cumpla en tí el beneplácito de Dios. Invoca á la Santísima Virgen, y hazle para obligarla algún particular servicio. Suplica á tu Angel custodio que te ofrezca al Señor, y pida para tí aquella vocación en que mejor te puedas salvar. Acude á la intercesión de todos los Santos, principalmente de aquellos que son especiales patronos tuyos y en quienes has puesto siempre mayor confianza.

6.º Consideradas estas cosas, aconséjate con algún siervo de Dios, que te parezca desinteresado y que no ha de buscar sino la pura gloria divina. Dile con toda candidez lo que sientas; descúbrelle tus inclinaciones, tu aptitud natural y sobrenatural; qué fuerzas tienes de cuerpo y de espíritu, y sobre todo, qué sentimientos te ha comunicado Dios, cuando has tratado de seguir su voluntad. Qué estado de vida es el que más frecuentemente se te ha ofrecido, y qué facilidad te ha mostrado Dios para salvarte en él. En fin, ruégale que encomiende al Señor con particular cuidado el negocio de tu vocación, para que se digne significarte su divina voluntad.

Yo alabaría que hicieras alguna particular penitencia para obligar más á Dios á que condescendiera con tus deseos. Después de estas prevenciones, determínate ya á una vocación particular, según las luces que el cielo te comunique y el consejo que te den personas de saber y virtud. Recíbela de la mano de Dios, y dedícate á ella puramente por su amor, con la intención única de agradarle y de alcanzar tu salvación. Mas para conducirte con mayor seguridad en un asunto de tanta importancia, considera con atención las reglas siguientes: